



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

LAS DOS HERMANAS.

PARALELO.

SE llamaban Concha y Lina. Aquella era rubia, ésta morena: el día y la noche; pero la una fué un día de pasiones y tormentos, la otra una noche de sueño tranquilo y reparador. Cuando la mayor tenía quince años, separáronse para no volver á reunirse en la vida. Concha se fué á vivir en compañía de su abuela paterna, una gran señora que la quería con predilección. Lina permaneció en casa de su madre, cuya fortuna era muy mediana. Concha comenzó á tener una vida inútil y frívola, inconsciente y ligera como un hilo de agua que borda la floresta, ya haciendo remansos, ya precipitándose en cascaditas, ora relamiendo tallos de flores, ora trocándose en encajes de espuma, sin saber su destino, sin hallar su objeto. Lina creció con la vida suculenta de la mujer piadosa, como el arbusto bien cultivado, para el cual hay tiempo de ser podado y tiempo de florecer, que hinea primero sus raíces en la tierra, luego desarrolla su tronco, extiende sus ramos, engalánase de hojas, pompea con sus flores y madura el fruto. Concha, alentando en la fragante atmósfera de la adulación, llegó á ser muy pronto un Narciso femenino, enamorado de sí mismo, una de tantas devotas de la religion del espejo, que se arrodillan ante su propia imágen y la tributan el incienso de los perfumes, los trajes, las joyas, los carruajes y las diversiones. Lina en su apacible retiro, fué toda para los demás, amó á Dios, á su madre y á sus semejantes; su espejo fué la idea de Dios, tan limpia y

bien halada que si la luz del día la toca se mancha. Y fué su corazón paloma que aprende á volar á tiempo, sin que la hayan sacado prematuramente del nido. Ambas tendían á la felicidad. ¿Ambas la encontraron?

LA MUNDANA.

I

El combate de las flores salió espléndido ese año. Desde las primeras horas de la mañana comenzó á transitar por la carrera de San Francisco muchedumbre extraordinaria y heterogénea de gente á pie, desde el almirado lechuguino á la última moda hasta el boquiabierto payo. Otra multitud de coches y jinetes corría pronto por el medio de la calle: desde el ligero *tilbury* hasta la pesada calesa á la *Daumont*; desde el estridente simoncillo de caballos fantasmas hasta el cupé brillante de fogosos bridones; y desde el *gentleman rider* dando sentones acompañados en su amojamada caballería hasta el apuesto *charro* de ancho sombrero galoneado y sonante botonadura de plata. Entre los coches adornados de flores, fantásticos algunos como combinaciones de kaleidoscopio, iba un landó abierto, trocado en cesta enorme tapizada de violetas y rosas blancas, que conducía á Concha y á sus dos primas, vestidas, aquella de morado pálido, éstas de blanco. Concha estaba en el paraíso, lucir era para ella la suma felicidad. ¡Con qué satisfacción repartía miradas y sonrisitas á los balcones enflorados, desde los cuales cientos de ojos la veían! ¡Con qué estolidez olímpica recibió la lluvia de agasajos, de tiras de papel retorcidas y de flores deshechas, que al pasar bajo las ventanas del *Jockey-Club*, sobre su landó caer dejaron!

¡Con cuánta fricción sentía luego rodar el carruaje por la suave calzada de la Reforma! Allí en el término el castillo de Chapultepec amarilleaba de luz en medio de las opacas arboledas. Las ringleras de eucaliptos parecían entreabrirse para recibirla. Y aquel aire libre y oloroso á humedad y á resina, y aquel blando rechinar de las ruedas en la menuda arena, y aquella variedad de carruajes, de flores, de ropas y de fisonomías se precipitaban en su alma, atropellándose por entrar, como las aguas de un río en un boqueron abierto en mitad de su cauce. ¡Qué ansias tenía Concha de que el mundo entero fijase en ella su vista y su corazón! Y el mundo veía tantas cosas en aquel paseo que apenas si alguno advertía la presencia de aquella joven. Ella esperaba que á la hora de repartir los premios, cuando les tocase la bandera blanca, signo del primero, que sin duda les tocaría, todas las miradas acabarían por converger á su carruaje. Mas ¡ay! llegó la hora. Junto á la estatua de Colón bajo una tienda rayada de azul y oro estaba el jurado calificador. Frente á ella desfilaban pausadamente los vehículos adornados. Y Concha vió con gran desengaño que entregaban la bandera blanca á un *mylord* sin más adorno que cuatro guías de camelias y cuatro flores humanas, cuatro muchachas no del todo lindas; pero, ya se ve, eran de la familia de los jurados. La amarilla, pensó Concha, el segundo premio será nuestro. ¡Oh desilusion! Un *faeton*, trocado en gruta de musgo y azáleas, dirigido por un célebre parásito de ciertos gobernantes arrancó luego tremolando la enseña de color de gualda. En ese momento adelantóse casi rozando el landó de Concha, un primoroso cesto de mimbrés, tirado por cuatro jaquitas negras como la no-

che y con jaeces de color de lila. El cesto iba entrelazado de azucenas de Orizaba y camelias de Coatepec, y en él un jovencito y un niño, vestidos de *hijos de Eduardo*. Era el mayorcito aquel joven rubio, de nariz aguileña y ojos muy claros, entonado de un banquero, aquel idólatra del *sport*, derrochador infatigable, que todos conocieron, y que se hacía llamar en esta venturosa república el condesito de Banyuls. Este, al pasar, arrojóle á Concha una camelia purpurina y corrió á tomar el estandarte azul del tercer premio, que ya en la puerta de la tienda le ofrecía su insolvente deudor y amigo, el último de los calificadores.

Apresuróse la joven á coger la flor y creo que sintióse algo consolada de no haber obtenido el tercer premio con lo que ella juzgaba el aplauso y la admiración del rubio doncelito. Por fin que la *cesta* de rosas blancas y violetas, el landó de la Sra. Echeveste se quedó sin premio aquella tarde, ya fuese porque su dueña no gozaba de mucho influjo con los que discernían las recompensas, ya porque [según decía Concha] la mezquindad de su abuela no había permitido que la compostura saliese artística y elegante. Pero más que la impresión de su vanidad aplastada, ocupó el ánimo de Concha el resto de la tarde la imagen del condesito de Banyuls, que ufano con el premio obtenido ó poco sensible, no volvió á hacer caso de la chica después de haberla tirado la camelia.

Al anocheer regresaba Concha con el alma magullada, con esa tristeza y excitación del que ha probado lo vacío de las vanidades, cuando cayó en su falda un ramo de miosotis y gardenias llevando atado un billetito leve y oloroso. Se lo enviaba Ruben Hernández, aquel morenillo de ojos muy negros y bigote recortado, aquel pobreton y baldío, hijo de un político insignificante.

II

Ignoro si Concha de Echeveste se contentó de todos los disgustos padecidos en el *combate de las flores*, con la carta de Ruben; pero este siguió rondando bajo los balcones de Concha. Advirtiólo la abuela, habló mal del pretendiente, sin tasa, á solas y delante de otros, en la mesa y en el estrado; y la nieta, caprichosa y holgazana, se emperró en corresponderle. México entera supo entonces aquel noviazgo desigual, porque ni ella ni él se recataron un punto, ella por darles en cara á los de su familia, él por hacer gala de su gloriosa conquista.

Juanito Velázquez, el sietemesino más charlatan de la esquina de la *Esmeralda*, hacía el juicio más exacto de aquel amante osado, diciéndoles una y cien veces á los amigos: "Ese Ruben es un novio imposible, no se casen Vds., imposible. En su figura es cursi, en su porvenir, no llega á empleadito, en su familia... Un detalle que lo dibuja: tiene veintiseis años, y todavía le pide á su padre hasta para cigarros. Es un novio imposible. Esta Concha es una imbécil." Pero, á pesar de la imposibilidad y contra todo viento y marea iba pudiendo hacerse amar de la rica doncella y dándole á la abuelita cada rato que era una maldición de Dios.

III

Diez meses contaban las relaciones de Concha y Ruben, diez meses de largos coloquios por la ventana, en presencia de la multitud, diez meses de citas en el paseo, en el teatro y en el templo, diez meses de darse al diablo la cariñosa abuela y de que su bolsillo trasegado por mano de Concha sufragaba todos los gastos de Ruben Hernández. Esa noche la cita era en el *skating-rink*, á donde solía ir de vez en vez Conchita á patinar.

¿Conoces, lector, aquella sala con pavimento de madera lisa, encerada y radiante, donde van á resbalar los mozos festivos y las mozas desenvueltas calzados con extranjeras rodajas? Hay en ella estrados y graderías arimados á las paredes para las mamás y los espectadores, gigantescos trozos de hielo con

ramilletes de flores del tiempo en su interior, colgajos de hilos brizcados que remedan escarcha y arcos de luz eléctrica y bombitas incandescentes que escupen manchones de reflejos en piso, hielo y techumbre. Esa noche muchas lindas aristócratas resbalaban á más y mejor. Conchita, no muy diestra, iba y venía girando como una endemoniada, inclinando el cuerpecito á diestra y siniestra, sosteniéndose á veces con dificultad, apartando ó juntando sus esbeltos piececillos. El conde de Banyuls allí andaba, rayando firmas y letras con los patines en el suelo, ágil como una ilusión. Ruben Hernández, que ni sabía de patinar, ni podía exhibirse, arrinconado contemplaba á su ídolo. La vieja Sra. de Echeveste y otras como ella, charlaban, reían, se emocionaban, aplaudían en las butacas segun las peripecias. En uno de tantos volteos Concha perdió el equilibrio, sintió escurrirse sus pies hácia atrás y buscó apoyo en el vacío. El condecito voló en su ayuda, por la cintura la tomó y la sostuvo. Ella muy pálida y falta de aliento, le dijo: *gracias, caballero*, y prosiguió la fiesta. A Ruben le dió ira aquella cortesía del rubio mozalbete; mas tuvo que resignarse, pues tales sucesos son muy frecuentes y así va el uso. Muchas caen, muchos las levantan, unos por el brazo, otros abrazados, quién la aprieta á una las correas de los patines, quién la sacude á otra la falda empolvada en la caída. Opino que de tales farándulas no han de salir muy bien librados la modestia y el pudor de una doncella. ¿No te parece, *leccándido* (como te llamaban los antiguos escritores y editores en sus indispensables prólogos) que lo eres en realidad si llevas á tus hermanas ó á tus hijas á esos *skating* que Dios confunda?

De pronto un gritillo de mujer interrumpió las risotadas, que habían sucedido á la caída fenomenal de una pareja muy amorosa. ¿Qué era? Concha yacía en el piso, boca-abajo, y el condecito de Banyuls la asistía solícito. La abuela se levantó con trabajo por su extremada obesidad á ver qué había sucedido. Ruben no pudo contenerse, acereóse con timidez. Concha volvió pronto en sí en brazos del condecito. Se había hecho sangre y ¡oh dolor, oh pérdida irreparable! se había roto un diente de la mandíbula superior, el más gracioso de los que se le veían, al decir de Ruben.

Resultadas: que un buen dentista ganó mucho en hacerle á Concha una orifileación en el diente roto, y que Enrique Marot y Villafranca, conde de Banyuls, hijo del Dr. Marot, médico francés, que en más felices tiempos enriqueció, por ser extranjero más que hábil facultativo, en este hospitalario país más propicio con los extraños que con los propios, y de una dama, á quien los maldicientes apellidaban *Ninon de Lenclós*, casada ahora en segundas nupcias con un banquero tan rico como imbécil, halló fácil entrada y pronto fué visitante semanal en casa de los Echeveste con motivo de lo sucedido en el salón de patinar.

IV

En ese tiempo un papel periódico, que era la presunción misma, convocó á un certamen de *bellezas*, ofreciendo por galardón á la que más votos obtuviese, una magnífica luna veneciana con marco al estilo del Renacimiento. Ruben Hernández entonces se dió á comprar ejemplares de aquel periódico, á recortar cupones, á llenarlos con el nombre de su adorada, calzándolos con distintas firmas y á remitirlos á la redacción, todo con los billetes de á cinco duros que Conchita le proporcionaba diariamente sonriendo con cierto airecillo de inteligencia. Pasaron treinta días justos y la ilustre doncella Dña. María de la Concepción Echeveste fué declarada por diez mil votos la más hermosa mujer de la gran Tenochtitlan y recibió el prometido espejo, que no era tal luna veneciana sino un vidrio azogado de tres al cuarto, y su nombre y su imagen corrieron por el mercado como los de una *diva* de zar-

zuela, y ese mismo día la declaró su amor el condecito de Banyuls y casi en seguida fué mandado á paseo Ruben Hernández, que había puesto en la casa de préstamos hasta el reloj, el paraguas y el abrigo para comprar *votos de belleza*.

V

Enrique Marot y Villafranca á los dieciocho años pidióle á su madre como el hijo prodigo su legítima, se hizo habilitar de edad y se casó lujosísimamente con la Srita. de Echeveste, para emprender una vida tan fastuosa que á nadie pudo antojársele. Aquello era dilapidar dinero. Vivían los dos pichones en un nido palaciego que parecía soñado. Concha no hacía nada, enteramente nada, ni arreglarse una arruga del vestido; era la criatura más ociosa que la pobre tierra ha soportado. Tenían de vicio coches, caballos y sirvientes. Enrique había dado suelta á su manía nobiliaria: usaba el escudito del inverosímil condado de Banyuls en todos los carruajes, en el hebillaje de los arneses, en la vajilla, en... hasta en la ropa blanca. Gastaba otra *mania* menos inocente, la de jugar á todas horas á todos los juegos de azar posibles é imaginables. A los cinco meses de matrimonio todos los bienes raíces de ámbos consortes estaban gravados con formidables hipotecas; pero no había diversion en que no se viese á los recién casados radiantes de juventud, de petulancia y de joyas.

En el hogar andaba muy mal todo. Concha era de aquellas desventuradas olvidaditas é ignorantes de Dios á quienes puede repetirse lo que el divino Maestro dijo á cierta mujercilla: *si supieras el don de Dios*. En punto á moral yo sé que la condesa de Banyuls tenía conversaciones de una perversidad trashumante. La portera de su casa, que no rivalizaba precisamente en lo pudibunda con una Catalina de Vastena, solía decir: *lo que es la niña habla que da grima*. Sí, Concha con el casamiento había desenfundado su lengua, se creía perfectamente libre en palabras, al fin era casada. Vestía de *piel de seda* y se perfumaba con *piel de España* (!) pero debajo de tanta *piel* y de tantos blasones de condesa, parecía haber venido de las *Atarazanas*. En punto á limpieza, la cosa caminaba igual. Si el ama de llaves y las recamareras no ponían remedio, la ropa sucia permanecía sobre los ricos sofás de *marrquí*, y el servicio de té lleno de residuos en la mesa de la sala. Lo que es en lo hacendosa la condesita era peor que en el hablar. Aprendió á tirar las medias, que se quitaba, al desvan y á llamar á los criados con pestes. Solía beber copitas de *marraschino* y firmaba: *Zondecu de Vanlules*.

(Continuará.)

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XXXIV

CRISTOBAL COLON.

Oda leída el día 12 de Octubre de 1892, 4^o centenario del descubrimiento de América.

¡Oh! genios de Quintana y Garcilaso,
Númenes de Argensola y de Espronceda,
Bajad de las mansiones del Parnaso
Y venid á encender el fuego ardiente

De inspiración grandiosa;
Acariciad, acariciad mi frente,
Y haced que de mis notas este día
Se desborde á torrentes la armonía.

Que el vibrar de mi lira se confunda
Con el rumor que nace del océano,
Y hasta los polos solitarios cunda;
Que la voz poderosa de los vientos
Le preste sus gemidos,
Que conmueva á la tierra en sus cimientos,
Y en Europa y América levante
Al egregio Colon himno gigante.

Pero ¿quién narrará la ingente gloria
Del nauta genovés, nauta sublime,
Si ha grabado en sus páginas la Historia
Su nombre esclarecido en letras de oro;

Si ante su altar postrada
Alza la humanidad canto sonoro,
Y de lauro inmortal cubren su frente
El Antiguo y el Nuevo Continente?

De su virtud admiro la pujanza,
Y sus hechos por siempre memorables
A referir mi péñola no alcanza;
Pero no callaré, que es infinita,
Arrobadora, inmensa,
La emoción que en mi espíritu se agita,
Hoy que miro su rostro venerado
Surgir de entre las sombras del pasado.

Si humilde fué la cuna que meciera
Su tranquila niñez; si la fortuna
No se mostró á Cristóbal lisonjera,
Y apuró del pesar los sinsabores,

Estrella esplendorosa
Esparcía vivísimos fulgores
Y rasgaba la niebla del camino
Do marchaba el intrépido marino.

Como el rayo de luz que en noche oscura,
Las tinieblas hendiendo en el espacio,
Viene á brillar del soto en la espesura,
Así bajó hasta el alma del piloto

La pertinaz idea
De que un mundo bellissimo y remoto
Bañaba con las ondas de los mares
Su campiña feraz y sus hogares.

Vision no imaginada, encantadora,
Que tenía las formas del delirio,
De Colon en la mente soñadora.
¿Quién pensara jamás que entre la bruma
Del piélago insondable

Se ocultaba, azotado por la espuma,
El rincón más hermoso de la tierra,
De verdes campos y empinada sierra?

En Génova y la histórica Venecia,
En Lusitania y Salamanca ilustre,
Juzgaron imposible y como necia
De Cristóbal la empresa temeraria

De cruzar el océano
En busca de la tierra solitaria,
Que encerrara en su seno los filones
De argentíferas vetas á millones.

Mas su fé inquebrantable lo sostuvo
De la ignorancia en la tremenda lucha,
Y los sangrientos cardos en que anduvo
No amenguaron en su alma generosa,

La esperanza querida
De marchar á la playa silenciosa
Del mundo inexplorado, que en su empeño
Miraba cada día más ruiseño.

Si á su paso siniestros se levantan
El desprecio y el hambre, no se arredra,
Que el hambre y el desprecio no quebrantan
Su valor indomable, acrisolado.

¡Oh! constancia sin nombre,
Escudo de aquel cíclope esforzado,
Hoy al ver de tu empuje las señales
Postrados te bendicen los mortales.

Cansado de luchar mas no vencido,
Abandonaba ya la noble Iberia,
Cuando el fraile Marchena conmovido
Se avista con la reina castellana,

Y en elocuentes frases
Convence á la graciosa soberana
De que no era ilusion, ó loco intento
De Colon el grandioso pensamiento.

La magnánima reina se enardece,
Y aprueba y favorece la ardua empresa,
Cuál de gozo Cristóbal se extremece,
Y arrasados en lágrimas los ojos

Los levanta hacia el cielo,
Que ha trocado en laureles sus abrojos,
Y premia su denuedo legendario,
De los triunfos abriéndole el santuario.

Cuatro meses despues se balanceaban
En el puerto de Palos tres bajeles
Que sus lonas blanquísimas hinchaban
Al soplar perfumado de la brisa.

Parado en la cubierta
Colon entre sus nautas se divisa,
Erguido y la mirada centelleante,
Junto al pendon ibero allí flotante.

Da, por fin, la señal de la partida,
Y una tras otra las ligeras naves
Con la proa al Occidente dirigida,
De la playa se alejan, presurosas
Con viento bonancible,
Y surcan por las linfas bulliciosas,
Crujiendo al extender sus fuertes velas,
Y en la espuma dejando las estelas.

Al flotar en el agua nunca hollada
Por la potente quilla, los marinos
Tendían tristemente la mirada
En la extension lejana del espacio,
Y su aterrada vista
Tropezaba en las crestas de topacio
De las movibles ondas, y en el cielo
Que desplegaba de zafir su velo.

Empieza entónces á nacer la duda
Desalentando á la pequeña flota,
Y con torvo mirar y faz sañuda
Maldicen de Colon y de su suerte,
Que en momentos aciagos
Los sacara á encontrar segura muerte,
Sin volver del hogar en el retiro
A escuchar del amor dulce suspiro.

“Volvámonos, dijeron, hacia España,
Que buscar otro mundo es loca idea;
Este hombre visionario nos engaña,
Hundámoslo en el seno del abismo
Si á volver se resiste;
¿Qué valen su locura ó su heroísmo,
De nuestros hijos ante el casto beso,
Que forma de la vida el embeleso?”

Mas Colon así habló con mansedumbre:
“Esperad, esperad, que el sol nos mande
Tres veces del cenit su roja lumbre;
Y si al fin, de la mar surgir no vemos
Las playas prometidas,
Veloces á la patria volveremos;
Mas sabed que acaricio la esperanza
De encontrar esa tierra en lontananza.”

Entre tanto, sus preces dirigía
Al Creador, demandándole su ayuda,
Y con la fé del mártir le decía:
“Tú pusiste en mi pecho la certeza
De que un mundo ignorado,
Lozano publicaba tu grandeza
Con sus prados y montes de esmeralda
Y celajes magníficos de gualda.

Haz, Señor, que mis ojos fatigados
Admiren sus espléndidos boscajes,
Y en su césped humildes prosternados
Bendigamos tu nombre agradecidos;
Escucha mi plegaria,
Y estrecharse verás á los nacidos
Con lazos de cariño sin ejemplo,
Y en tu honor fabricar suntuoso templo.”

La ansiedad aumentaba á cada instante,
Y con dudas y tristes pensamientos
Enlutaba la faz del Almirante,
Cuando miró brillar un fogonazo,
En la velera Pinta,
Seguido de un sonoro canonazo,
Que anunciaba en el piélago profundo
El arribo feliz á un nuevo mundo.

¡Oh! mártir genovés, alza tu frente,
Que llegaste á la cima del renombre;
Ese grupo sumiso y reverente
Que lloroso te ruega le perdones,
Es la imágen perfecta
Del grupo fraternal de las naciones,
Que al rendir homenaje á tu memoria
Hará imperecedera tu alta gloria.

Agradecidos llegan los humanos
A poner en tus sienes venerables
Corona inmarcesible; son hermanos
Que separó en un tiempo la distancia,
Mas por tu esfuerzo unidos,
En el himno á tu fé y á tu constancia
Y al dejar á tus pies ricas preseas,
Hoy exclaman: Colon, ¡bendito seas!

(Continuará)

EN EL BAILE.

Ya la suave orquesta preludia sus notas,
Ya es tiempo que muevas tu menudo pie,
Al compás gracioso de tiernas gavotas
O al ritmo pausado de grave minué.

Quando en la pavana tu frente se inclina,
Tu frente tan pura como flor de lis,
Eres á mis ojos una bailarina
De la edad de oro del grande rey Luis.

Tienes, cuando avanzas con noble donaire,
Entre los murmullos de la admiracion,
El paso de Eugenia, de la Estuardo el aire,
Y la donosura de la Maintenon.

¡Oh linda princesa! Tienes la elegancia
De la incomparable Luisa La Vallière,
El porte de aquellas “Preciosas” de Francia,
De quienes en vano se burló Molière.

¿No sientes ¡oh hermosa! del baile en los giras,
Pasará una brisa de blando rumor?
¿No escuchas un eco de vagos suspiros,
Algo como un tenue sollozo de amor?

Mientras los acordes suenan en las calles
Y en las alamedas del bello jardín,
Van tus movimientos, ninfa de Versalles,
Siguiendo los ritmos del dulce violín.

Pero hay un acento que llega á tu oído,
Cual postrer suspiro de alguién que murió,
Como débil eco de triste sonido,
Como la memoria de algo que pasó.

¿No sientes un aire que agita tu falda,
Resbala en tu cuello de terso marfil,
Te ciñe los brazos, ondula en tu espalda,
Y luego acaricia tu labio gentil?

Yo soy, vírgen pura, yo soy quien suspira,
Yo soy quien se muere de pena y dolor,
Yo soy quien te besa, yo soy quien delira,
Yo soy quien sucumbe de heridas de amor.

No temas... Ya es tarde... Ya todo ha concluido...
Yo soy el pasado, yo soy lo que fué:
No vuelve sus presas el mar del olvido
Ni brilla dos veces la luz de la fé.

Tan sólo he querido poner una rosa
A tus pies de Vénus que Fidia sonó:
Así ante las plantas de una reina hermosa
Buckingham rendido perlas arrojó.

Ya la suave orquesta preludia sus notas,
Ya es tiempo que muevas tu menudo pie
Al compás gracioso de tiernas gavotas
O al ritmo pausado de grave minué.

Julio de 1897.

Adalberto A. Esteva.

UN LUIS DE ORO.

CUANDO Luciano de Hem vió su último
billeto desaparecer entre las manos del
banquero, y se levantó de la mesa de ru-
leta en la que acababa de perder el últi-
mo dinero de su pequeña fortuna, reunido pa-
ra esta batalla suprema, sintió una especie de
vértigo creyendo iba á caerse.

La cabeza perturbada, las piernas flojas,
estiróse sobre el banco de cuero que rodeaba
la sala de juego. Durante algunos minutos con-
templó vagamente el garito en el cual había
pasado los años más hermosos de su juventud,
reconoció las cabezas de los jugadores ilumina-
das por las lámparas de grandes pantallas,
escuchó el ligero roce del oro sobre el tapete,
pensó que estaba arruinado, perdido, acordóse
que tenía en casa, en el cajón de la cómoda,
las pistolas de ordenanza de que se había ser-
vido su padre en el ataque de Zaatcha; des-
pues fatigadísimo se durmió profundamente.

Quando despertó, con la seca, miró al re-
loj; no había dormido media hora, y sintió
imperiosa necesidad de respirar el aire de la
noche. Las agujas marcaban sobre la esfera
las doce ménos cuarto. Incorporóse y despere-
zándose, acordóse que era la víspera de Navi-
dad, y por un juego irónico de la memoria, se
acordó de cuando era niño y ponía sus zapati-
tos en la chimenea.

En este momento, el viejo Dronski, una
columna del garito, el polonés clásico con su
gaban lleno de manchas, se acercó á Luciano y
murmuró algunas palabras que apenas salie-
ron de su barba sucia y gris.

“Présteme V. cinco francos. Hace dos días
que no he salido de esta casa y hace dos días
que no ha salido el “diecisiete.” Búrlese de
mí si le parece bien, pero me jugaría la cabe-

za que al dar la media noche, saldrá el número 17."

Luciano levantó las espaldas como queriendo indicar que no tenía un cuarto, cogió el abrigo y el sombrero y se echó á la calle.

Durante las cuatro horas que Luciano había permanecido en la casa de juego había nevado en abundancia y la calle—una calle de París, muy estrecha, edificada de casas muy altas—estaba toda blanca. En el cielo, de un azul negruzco, brillaban frías estrellas.

El jugador se abrochó y principió á andar corriendo siempre en su espíritu pensamientos de desesperacion y pensando más que nunca en la caja de pistolas que le esperaba en el cajon de la cómoda; pero despues de haber andado algunos pasos, se paró bruscamente delante de un espectáculo desgarrador.

Sobre un banco de piedra colocado cerca de la puerta monumental de un hotel, una niña de seis ó siete años, apenas vestida, estaba sentada sobre la nieve. Se había dormido, á pesar del frío cruel, en una actitud aterradora de fatiga y de aniquilamiento, y su cabecita y su espalda tersa, parecían incrustadas en un ángulo de la pared y descansaban sobre la helada piedra. Uno de los zapatos había caído de un pié que pendía, permaneciendo lúgubrememente delante de la niña.

Maquinalmente Luciano llevóse la mano al bolsillo y entonces se acordó que no tenía un céntimo. No obstante, llevado por un instintivo sentimiento de piedad, se acercó á la niña, quizás para cogerla entre sus brazos y darla en su casa asilo por una noche, cuando en el zapato que estaba sobre la nieve vió algo que brillaba.

Inclinóse. Era un luis de oro!

Una persona caritativa, una mujer sin duda, había visto á la niña, y en la noche de Navidad, el zapatito roto delante de la niña dormida, le habría recordado la sentimental leyenda y dejado caer, con mano discreta, una limosna magnífica para la pequeña abandonada.

¡Un luis! representaba muchos días de descanso y de riqueza para la mendigante; y Luciano estuvo á punto de despertarla para decirle esto, cuando oyó cerca de su oreja como una alucinacion, una voz—la voz del polonés que murmuraba estas palabras:

"Hace dos días que no he salido de esta casa, y hace dos días que no ha salido el 17. Me jugará la cabeza que al dar la media noche saldrá el 17."

Entonces ese jóven de veintitres años, descendiente de una raza de gentes honradas, que tenía un soberbio nombre militar y que no había faltado nunca á su honor, concibió una idea espantosa; fué presa de un deseo loco, histérico, monstruoso. De una mirada, aseguróse que estaba solo en la calle desierta, y alargando con precaucion su mano temblorosa, robó el luis de oro que estaba dentro del zapato caído! Despues echó á correr, llegó á la casa de juego, á saltos subió la escalera, abrió de un empujon la mampara que cerraba la sala maldita y penetró en el mismo momento en que el reloj daba la primera campanada de la media noche y poniendo la moneda de oro sobre el tapete, gritó:

"Pleno al 17."

El número 17 ganó.

Cogió los treinta y seis luses y los colocó á encarnado.

El encarnado ganó.

Una, dos, tres veces, siempre la misma suerte. Un monton de monedas ó billetes iba aumentando; todas las combinaciones salían. Era una suerte inusitada, sobrenatural. Seguía jugando, cada vez más fuerte y ganando siempre. En poco tiempo veía Luciano reaparecer el capital heredado, reconstituir su fortuna.

Todos sus bolsillos estaban repletos de oro y billetes; á puñados los colocaba á "deceñas," "caballo," "líneas," todo salía.

Únicamente, sentía dentro del corazon algo que le quemaba, el pensamiento de la niña pobre que había dejado dormida en la nieve, la niña robada.

"Todavía estará en el mismo sitio con seguridad!.. En seguida... sí, cuando dé la una... lo juro!.. saldré de aquí, la tomaré dormida en mis brazos, me la llevaré á casa, la acostaré en mi cama... La educaré, la dotaré, la amaré como una hija y de ella cuidaré siempre!"

El reloj dió la una, la una y cuaato, la media, los tres cuartos... y Luciano sentado siempre en la mesa infernal.

Finalmente un minuto ántes de las dos, el banquero se levantó y de una manera brusca dijo:

"La banca lo ha perdido todo... Basta por hoy, señores!"

De un salto, Luciano se encontró en medio de la sala y separando á empujones los jugadores llegó hasta el banco de piedra. De léjos á la luz de un farol vió á la niña.

—Alabado sea Dios! Aún está allí.

Se acercó y le cogió una mano:

—Oh! que fría está! Pobrecita!

La tomó en brazos, y la levantó para llevarse la. La cabeza de la niña cayó hácia atrás, sin que despertase.

—Cómo se duerme en esta edad!

Estrechóla contra su pecho para calentarla, y presa de una vaga inquietud, quiso, para quitarle un sueño tan pesado, besarla en los ojos, como lo hacía ántes á su querida más hermosa.

Pero vió aterrorizado que los párpados de la niña estaban entreabiertos por los que se veía el ojo vidrioso, apagado, inmóvil. Cruzó por su mente una sospecha horrible; Luciano acercó su boca á la de la niña: ni un hálito.

Mientras con el luis de oro que había robado á la pobre niña Luciano ganaba una fortuna, la niña sin asilo se había muerto, muerto de frío!

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

PERSONAJES.

ASUERO, rey de Persia.
ESTHER, reina de Persia.
MARDOQUEO, tío de Esther.
AMAN, favorito de Asuero.
SARA, mujer de Aman.
HIDASPO, conserje del palacio de Asuero.
ELISA, confidente de Esther.
Guardias del rey Asuero.
Coro de doncellas israelitas.

La escena pasa en Susa, en el palacio de Asuero.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el retrete de Esther.

ESCENA PRIMERA.

Esther, Elisa.

ESTHER.

¡Eres tú, mi cara Elisa?.....

¡Oh día por siempre dichoso

En que el cielo bondadoso

Oye el voto de mi amor!

A tí, que cual yo descendes

De Benjamin, compañera

De mi dulce edad primera:

Hoy me concede el Señor.

A tí, que cual yo sufriendo

El mismo yugo ominoso,

Conmigo lloraste el gozo

Qué perdió infeliz Salem.

Ese tiempo ya pasado

¡Que grato es á mi memoria!....

Mas dime, ¿ignoras la gloria

Por ventura, de tu Esther?

Seis meses ha que te buseo:

En qué clima, en qué desierto

O en qué lugar incierto

Te has podido recoger?

ELISA.

Al rumor de vuestra muerte

Y con justicia llorada.

Vivi entonces retirada.

De todo trato social.

Sólo de mis tristes días

La postrer hora esperando

Vivia así, Señora, cuando

Un profeta celestial,

De súbito se presenta:

"Y largo tiempo, me dice

"Lloras tu muerte, infelice;

"¡Levántate, es tiempo ya!

"Toma de Susa el camino

"Que en la pompa, los honores

"La causa de tus dolores

"En el trono, Esther, está,

"Tranquiliza, añade luego

"A tus tribus alarmadas,

"Que del Dios de las armadas,

"Oh Sion, el día lucirá

"De su brazo poderoso,

"Pues lo conmueve el gemido

"De su pueblo, bendecido

"Su apoyo demostrará."

Dijo así, de alegría llena

Cual de temor penetrada

Corro, buscando la entrada

De aquesta regia mansion;

Supe hallarla y al palacio

Penetro. ¡Oh triunfo admirable,

Oh espectáculo impensable,

El que mi vista admiró!

Muy digno, en verdad, del Brazo

Que salva á nuestros abuelos,

Digno del Rey de los cielos,

De su gloria y su poder.

¡Coronando estaba Asuero

A una judía, su cautiva!

¡El Persa su frente altiva

Abate á los pies de Esther!

¡Por qué secretos recursos

Y porque feliz evento

Tan grande acontecimiento

Quizo el cielo disponer?

ESTHER.

Acaso viste de la activa Vasthi
La desgracia famosa,—cuyo puesto
Ocupo hoy—y como el rey la arroja
De su trono, irritado, y de su lecho
Mas desterrarla de su idea no puede
Y Vasthi reina en su ofendido afecto.
Es preciso buscar en sus Estados
Numerosos, de su alma el nuevo objeto
Que de la reina extinga la memoria,
Y manda se realice el pensamiento.

Del Helesponto á la India sus esclavos

Corren en busea del real anhelo:

Comparecen las hijas del Egipto

De la belleza á disputarse el cetro

Con las de Partia y de la Seyta fiera

A Susa, la órden imperial cumpliendo.

Se me educaba entonces solitaria

Y oculta, bajo el sabio Mardoqueo;

Pues tú bien sabes á su auxilio útil

Y suma vigilancia cuánto debo,

A los autores de mis días, la muerte

Arrebató, y en orfandad gimiendo

Quedé, pero la hija de su hermano

El vio en mí, me recibe, es mi consuelo,

Y con su amparo, cara Elisa, estoy

Cual si mis padres nunca hubieran muerto.

Noche y día del estado lastimoso

De los judíos, vivía en desasosiego

Y en mis débiles manos apoyando

Su libertad, me hace esperar el cetro

De un imperio, y alienta esa esperanza

De mi retiro al apartarme al seno.

A ese certámen, pues, de la belleza

Y dócil á su voz, temblando vengo

Y por cumplir con sus secretas miras

Mi país y raza no descubro luego.

¡Mas quién las cábalas podrá decirte

Que aquí de las rivales forma el pueblo?

¡Pues todas de interés el alma llena

En los ojos del rey leen su decreto?

Cada una mueve entonces las intrigas

Y cuenta en su favor mil valimientos:

Quién por gloriarse de soberbio amparo

En noble alcunía la esperanza ha puesto,

Quién evoca el prestigio y las hazañas

Gloriosas, de su ilustre nacimiento:

Y yo, por toda intriga y artificio

El llanto sólo á mi Criador ofrezco.

Se me anuncia, por fin, del rey la órden

Y ante el monarca altivo, el cruel Asuero,

Tengo que aparecer tímida y débil;

Mas Dios, del corazon, potente es dueño

De los monarcas, y hace que prospere

Todo al alma inocente, en sus decretos.

Se conmueve el monarca á mi presencia

Con mis humildes gracias, largo tiempo

Me contempla, abstraído en una idea

Resolutiva y en sombrío silencio,

En tanto que se engaña el orgulloso

En sus fútiles planes y soberbios.

La balanza del rey para mí inclina

En un instante, bondadoso el cielo,

Pues que conmueve, en mi favor, sin duda

Su corazon, para otras altanero.

“Sed reina”—dice el rey—y su corona
Pone en mi frente desde aquel momento
Por sus reales manos, con ternura,
Mientras en sus ojos el cariño leo
Y para dar de júbilo señales
Manda á los grandes de su corte, regios
Presentes múltiples y envía
También los dones á sus vastos pueblos
Así invitando fama vocinglera
A ver las bodas al palacio espléndido.
Ay! durante esos días de gozo y fiestas
Mi sonrojo y pesares cuántos fueron
En mi retiro! Porque Esther—me dije—
La humilde Esther, de un poderoso imperio
Comparte el cetro en púrpura vestida;
Medio mundo sométese á mi cetro:
¡En tanto de Salem cubren los muros
Yerba vil, y esa Sion encanto nuestro
Hoy es albergue del reptil impuro
Y ve rotas las piedras de su templo
Dispersas por doquier, porque las fiestas
Del Dios de nuestros padres ya no fueron!

ELISA.

¿No habeis confiado al rey vuestros dolores?

ESTHER.

No es tiempo todavía, quien soy no sabe
Porque aquel á quien Dios puso mi suerte
Este secreto aun quiere que guarde.

ELISA.

¿Mardoqueo? ¿Se aproxima á este palacio?

ESTHER.

Su amistad para mí ingenioso le hace:
Si está ausente, confiada le consulto
Y siempre halla mil medios para darme
Sus consejos tan sabios y me atiende
Cual no lo hiciera cariñoso padre.
Merced á sus avisos sigilosos
Descubrí al rey conspiracion infame
Que de dos cortesanos se formara:
¡Complot sangriento que mi voz deshace!
Entre tanto mi amor por nuestra patria
Hijas de Sion á mi palacio atrae,
Lleno con esas flores delicadas
Jóvenes, tiernas y de gracia amables
Bajo un cielo extranjero trasplantadas
Cual yo lo soy, de sus tranquilos valles.
Y pongo aquí en formarlas mis cuidados,
Mi solicito estudio y mis afanes
Huyo el fausto, con ellas, del imperio
Y sin testigos pláceme humillarme
A los pies del Eterno que me escucha
Concentrándome en mí, siempre constante.
Así gusto el placer de que me olviden,
La paz que ignora un fausto miserable;
Pero á todos los persas, sus familias
Oculto: preciso es que las llame:
Amadas compañeras de mis males
Venid, mis hijas, del patriarca santo
Raza electa, venid, de nuestro padre.

(Continuará.)

UN ALMA POR UNA FLOR.

CA, ya está dispuesta la señora beata para ir á Misa, dijo Andrés á su hermana Rosalía, viéndola con la mantilla en la cabeza.

—No, le contesta ésta; ya no es hora de Misa: estuvimos esta mañana; pero como es domingo y no se trabaja, quiero ir á la iglesia para cantar con mis amigas las Flores de María, porque ya estamos en el mes de Mayo.

—Valiente tontuna, replicó el primero; más cuenta te tendría dar un paseo y divertirme un poco, que para eso sirven los días de fiesta.

—Mira, Andrés, le dijo su hermana; los días festivos son, lo primero, para que nos encomendemos á Dios dándole gracias por sus beneficios; y despues, bueno es que nos proporcionemos algun recreo lícito; mas para mí lo es, y muy grande, cantar sus flores á la Sma. Virgen. Cuando se acabe el mes ya tendré tiempo de pasearme.

—Ya lo creo que te gusta cantar, insistió Andrés; como que luego te

colman de elogios por tu bonita voz. ¡Hipócrita!

—Mira, Andrés, exclamó Rosalía un tanto conmovida por aquella intempestiva injuria de su hermano; bien sabes tú que á mí no me agradan los elogios. Canto á la Virgen por devocion y para complacer al señor Cura, que quiere se canten las flores siquiera los domingos, y no hay en el pueblo quien lo haga: de esta suerte practico una buena obra en el día de fiesta, con lo que creo agradar á Dios y á su madre para que nos protejan. Mejor harías tú, añadió cambiando el tono, en venirme con nosotras y acompañarnos con el órgano: no hay quien lo toque, y resultaría mejor el canto.

—No estoy por perder una tarde tan hermosa, echándola de beato y gazmoño. Además, estoy citado con mis amigos, y no debo faltarles.

—¡Y no te importa faltarle á Dios! En la iglesia, continuó Rosalía, ningun mal podría sucedernos, mientras que en esas reuniones tuyas...

—¡Qué me va á pasar! dijo entonces Andrés un poco amostazado. ¡Me picará quizá algun bicho malo!... Lo que Dios quiere es el corazón, y lo demás son gazmoñerías ridículas.

—¡Hombre, por Dios! le interrumpió Rosalía. ¡Cómo ha de ser ridículo el obsequiar á la Santísima Virgen!

—¡Hipócrita!... ¡Beata!... ¡Gazmoña!... exclamó Andrés, que como todos los que discuten sin razon, acudió al argumento contundente del insulto ántes que darse por vencido.

Rosalía se echó á llorar. Doña Francisca, la madre de ámbos, intervino en la disputa, y Andrés tomó tranquilamente la puerta de la calle.

Estos tres individuos que acabamos de presentar á nuestros lectores constituyen una prueba más de lo que todos tenemos convencimiento; es á saber: de que en este mundo no cabe felicidad cumplida, y nadie queda sin llevar su cruz. Doña Francisca, que á la muerte de su marido entró á poseer una fortuna regular, y que para el pueblo de N..., donde habitaba, era más que suficiente para vivir con holgura ella y sus hijos, no había logrado ser feliz. Mientras Rosalía, que contaba dieciseis años, era lo que se llama una niña juiciosa, trabajadora, y en una palabra, buena cristiana, Andrés, que ya tenía veinticuatro años, se había contaminado de ese espíritu de incredulidad tan frecuente en el siglo diecinueve, y constituía de esta suerte, más que la cruz, el calvario de sus pobres madre y hermana, á las que constantemente daba malos ratos con sus arranques de indiferencia religiosa.

Sin embargo, Andrés no era malo, es decir, no tenía dañado el corazón, pero bueno en rigor no lo era. Es muy frecuente tambien hoy llamar buenas á las personas, y aun darse

muchos á sí mismo este calificativo de buenos, sólo porque ni roban, ni matan; pero este es un grave error. La ley divina consta de diez artículos, y para ser bueno se hace necesario cumplirlos todos, pues sólo así se practica la justicia: por consiguiente, quien infringe ocho mandatos, aunque guarde dos, será ménos malo que quien quebranta los diez, pero no por eso dejará de ser malo.

En vano querrá oponer la incredulidad á este argumento; que para ser justos conforme á la ley de la razon, basta con no robar ni matar: porque éste es un disparate mayúsculo. Debe tenerse en cuenta, de una parte, que la ley que llaman de la razon no puede ser otra que la *natural*, y ésta no sólo prohíbe matar y robar, sino que tambien manda dar á Dios el culto que le sea agradable, profesando la Religion verdadera; y de otra parte no debe olvidarse que si la *ley natural* bastó en los primeros tiempos del mundo, y cumpliéndola los justos de aquella época daban al Señor el culto prescrito por El mismo, hoy á los cristianos la dicha ley no basta para justificarlos, sino que han de obedecer todo lo mandado por Jesucristo: de consiguiente, no tienen escapatoria los incrédulos, ni pueden llamarse buenos solamente por no robar ni matar.

Lo que hay es que, mientras muchos de estos indiferentes y espíritus fuertes, como tambien se llaman, han sofocado con sus vicios toda creencia y virtud, y para ellos ya se necesita un milagro de la gracia divina si han de volver á buen camino; hay otros, y á estos pertenecía nuestro Andrés, que sólo hacen gala de incredulidad por seguir la corriente, por un mal entendido bien parecer y por creerse degradados de la dignidad de hombres si hacen profesion de ser cristianos, sin comprender que en serlo está la verdadera nobleza, y que el vicio, compañero inseparable de la indiferencia religiosa, es el que hace descender al sér racional al nivel de las bestias.

Rosalía continuaba llorando despues de la marcha de su hermano; sus injuriosos epítetos habían herido el corazón de la pobre niña.

—Anda, hija, que han dado el último repique, le dijo su madre con voz bastante conmovida.

Rosalía enjugó sus ojos y se levantó, dispuesta á obedecer. Al salir dirigió casualmente su vista á un magnífico rosal que, colocado en un elegante tiesto, se ostentaba en una de las ventanas que daban al patio, lleno de capullos y con una sola rosa completamente abierta, que orgullosa se dejaba mecer por la brisa de la tarde.

La jóven al verla, se detuvo como asaltada por una idea, y dirigiéndose á la flor se dispuso á cortarla.

—¿Qué vas á hacer? le preguntó su madre.

—Puesto que Dios recompensa hasta el vaso de agua dado en su nombre, contestó Rosalía, voy á ofrecer á la Virgen la primera flor de mi rosal. Pensaba engalanar mañana con ella mis cabellos, pero es mejor la tenga la Madre de Dios. . . . Y, añadió sollozando, que la Santísima Virgen en cambio traiga á mi pobre hermano á buen camino.

Doña Francisca, al oírlo, no pudo reprimir el llanto, y ámbas se encaminaron á la iglesia.

Entre tanto Andrés se había reunido con sus amigos. Después de consumir una suculenta merienda, durante la cual alternaron las bromas y chistes de color subido con la más descarada murmuración, nuestro héroe hizo gala en la guitarra de sus conocimientos en el bello arte de la música, que, como su hermana, poseía perfectamente: mas como durante lo uno y lo otro no cesaron las libaciones, sucedió que cuando ya la noche hubo cerrado, se encontraban todos en ese período de la embriaguez que participa de lo grotesco del mono y del atrevimiento feroz del tigre. Entonces se sucitó entre ellos una de esas estúpidas disputas que tanto caracterizan á los ébrios: discutían cuál de los presentes era más arrojado.

—Pues si tanto te precias de valor, dijo uno de ellos dirigiéndose á Andrés, ¿á qué no eres capaz de ir á quitarle á la cruz que hay en la entrada del cementerio la corona de flores que tiene puesta?

—¡Bah! contestó con desprecio Andrés.

—Te apuesto una merienda como la de esta tarde á que no vas, insistió el primero.

—Apostada, contestó el segundo.

—Ahora mismo.

—Pues ahora mismo.

Y Andrés, entre las carcajadas de sus compañeros, se levantó, y tambaleándose, tomó el camino del cementerio con el mismo denuedo que si tratara de llevar á cabo un acto heroico. Funestas consecuencias de la embriaguez, que hace quede falseado el concepto del honor, y ejecuten los hombres actos de que se avergonzarían sólo al pensarlos estando en razon.

El cementerio de N. . . se hallaba en un cerro á bastante distancia del pueblo. Para llegar á él era preciso tomar una senda que, serpenteando por las faldas de aquel y ensanchándose á medida que subía, iba á parar en la cumbre donde se encontraba dicho lugar sagrado. La noche estaba muy oscura; al ponerse el sol se habían levantado esas brumas tan frecuentes en la primavera, y ni una estrella brillaba en el cielo: y como la cabeza de nuestro jóven no estaba más clara que la noche, fácilmente

equivocó el camino, y dejando la senda se metió en unos terrenos de propiedad particular que, plantados de viñas, formaban parte de una gran casa de campo allí próxima.

De pronto los ladridos de un perro interrumpieron el silencio de la noche, y un enorme mastin avanzó con la boca abierta hácia Andrés.

A pesar de lo perturbado que éste se encontraba con la bebida, comprendió por instinto que corría peligro, y dando un salto hácia atrás pudo esquivar la acometida; pero si bien los dientes del animal no llegaron á tocar la carne, hicieron presa en la americana que vestía el jóven, dejándola rota por completo. El perro se dispuso á secundar; entonces Andrés, sin darse cuenta de lo que hacía, volvió á saltar por entre una masa negra que vió á su izquierda, y que siendo unos arbustos espinosos que allí se criaban, le acabaron de destrozarse la ropa, mientras que le arañaban todo su cuerpo; no pudiendo conservar el equilibrio, fué á caer en un charco de agua cenagosa, donde quedó como una masa inerte. A la vez un relámpago iluminó el espacio seguido de la detonación de un arma de fuego, á la que respondió un quejido de agonía. Al mismo tiempo el mastin empezó á dar mayores ladridos. El guardia de la finca, que atraído por el perro hizo el disparo, al ver saltar á Andrés, creyendo habérselas con un malhechor, y temiendo entonces haber muerto ó herido á alguno, tocó el silbato de alarma, y otros dos guardas acudieron llevando luces.

Mientras esta escena tenía lugar, las dos pobres mujeres, que habían vuelto de la iglesia poco después de oscurecer, esperaron inútilmente al hijo y al hermano para cenar. Lentas y amargas transcurrieron las horas de la noche, y Andrés no parecía.

Doña Francisca y su hija lloraban y rezaban presintiendo una desgracia, cuando á las dos de la madrugada repetidos golpes dados á la puerta las hicieron acudir con el corazón queriendo salirseles del pecho.

Andrés estaba allí, conducido por dos hombres, ¡pero en qué estado! ¡Las ropas destrozadas, lleno de lodo, vertiendo sangre y presa de violenta convulsión!

Por fortuna la herida no era grave; la bala le había pasado rozando el costado derecho y sólo le había causado una ligera lesión. Era más el susto sufrido por el pobre jóven que el daño que recibiera.

—¿Ves? le dijo Rosalía á la mañana siguiente, mientras le administraba una poción calmante que el médico había recetado. ¿Ves lo que yo te decía? á mí no me pasó nada en la iglesia, mientras que tú. . . . Mira, Andrés, aunque fuera verdad, y Dios nos libre de creerlo, lo que decís vos-

otros los incrédulos, deberíamos ser buenos por egoísmo.

Andrés no contestó sino mirando tristemente á su hermana. Pero al domingo siguiente, curado ya de su dolencia, por la mañana estuvo en la iglesia confesándose, y volvió por la tarde para acompañar en el órgano á Rosalía y sus amigas en el canto de las Flores.

Nunca más volvió á embriagarse ni á hacer gala de espíritu fuerte. La Santísima Virgen, fiel guardadora de las promesas de su Divino Hijo de recompensar hasta el vaso de agua que se da en su nombre, había dado aquí *un alma por una flor*.

JUAN DE DIOS VICO Y BRABO.

Ad majorem Dei gloriam.

Contempladle: es Ignacio, su mirada
Luminosa, inspirada
Cual de águila caudal, el orbe mide,
Los senos de la tierra y mar sondea;
Su frente, de la idea
Al brote, un rayo de esplendor despide.

La gloria! es su pasión: ella le agita,
Ella á luchar le excita.
Sí, gloria, mucha gloria, gran renombre!
Luchar, vencer, triunfar, ceñir la frente
Con lauro refulgente,
A los siglos legar illustre nombre.

¿Qué nombre, el suyo?—No—su pensamiento
Tradúcese al momento
Por el inmenso amor que le cautiva,
Que lo terreno y mundanal trasciende
Y que en su pecho enciende
La pira ardiendo de el amor se aviva.

¿Y por quién ese amor? Ved su pupila
Radiante cuál titila
Hacia el pendon que agita, do campea
Entre esmeraldas y oro el monograma,
Secreto de la llama
Que en sus ojos y frente centellea.

Jesus! Ese es su amor, para El respira,
Sólo por El suspira:
Las luchas, las conquistas, la victoria
Que esparza por do quier parlara fama
Serán para el que él ama,
Para Jesus sus triunfos y su gloria.

Ni un lampo para sí!—De luz bañado,
De gloria circundado
Vedle luchar por desasirse.—“Tuyo
—A Cristo dice—“es mi vivir, mi aliento,
“Tuyo mi pensamiento,
“Ya el capital doblé que hoy restituyo:

“Tuya es mi libertad: por Ti respiro
“Y hasta el postrer suspiro
“Es tuyo: sólo en Ti fijar mi mente
“Ansío y consagrarte mi prolijo
“Sufrir, y nada exijo
“Si no es amarte con pasión vehemente.”

El amor lo transforma, lo agiganta
Y su valor levanta
A empresas por el hombre no soñadas:
No hombres llevar á Cristo, mas naciones
Pretende, y las legiones
Del Orco, por su brazo dominadas.

La muerte entraña al germen de la vida
Molécula escondida
En grano que al caer, ledo fenece
Arbol será gigante que, á los prados
Frescor, á los ganados
Sombra, y al Labrador frutos ofrece.

Así lo siente Ignacio y á la muerte
Se entrega, varon fuerte,
Larva de Adán, dentro el capuz espera
De su feliz transformacion la hora
De luchas precursora
Y de victorias grata mensajera.

Llegó: y armado caballero aclama,
Con acento que inflama,
Todo en redor, á Cristo. De victoria
Pronuncia la consigna y mil valientes
Yerguen sus nobles frentes
Al grito ¡“Dios lo quiere, á Dios la gloria!”

Mayor gloria de Dios! oh, si Dios fuera
El mismo y dispusiera
De mundos mil y mil, se los daría
A aquel que amó su corazón vehemente
La aureola, de su frente
Por ornar la de Cristo, arrancaría.

Mayor gloria de Dios! y ¡un vil gusano
Fragua menguarlo insano!
Ignacio, sus! exclama y el acero
Airado blande, con el monstruo cierra,
Lo hiere, lo soterra
Y so su pie retuérese Lutero.

Más y más gloria á Dios su amor exige,
El porvenir le aflige
De pueblo que Satan con yugo fuerte
Uncidos lleva y á Javier inspira
El fuego que él respira:
“Ve—dícele—al Japon region de muerte,

“Mientras no se alce de Jesus la enseña
“Allí la lucha empeña.”
Lo oye Javier, su frente se ilumina
Y salva precipicios y barreras
Y allana las trincheras
Del temido Japon y de la China.

Cubierto de laureles á conquistas
Por el mortal no vistas,
Ya de nuevo se apresta, cuando el cielo
Eleva al héroe á la region de gloria:
Se va... mas su memoria
Y genio de conquistas lega al suelo.

Y recógenle cien hijos de Ignacio
Y cúbrese el espacio
De legiones que lánzanse á la guerra:
Del Norte al Occidente y Mediodía
Con brío y ardencia
Que al orbe pasma y al infierno aterra.

Luchan, vencen y asientan el reinado
De su Jesus amado
En Africa, Asia, Europa lo propalan
Y el secuaz de Mahoma y de Lutero
Acento planidero
Con el de Brahama y de Confucio exhalan.

Lo ve Ignacio y sonríe... ya no hay tierra
Donde empeñar la guerra!
Sí que la habrá. Colon lleva el mensaje
De dar al ambicioso sin segundo,
Que cree mezquino un mundo,
Otro, para su Dios, un vasallaje.

Sí, que la habrá: que el Genovés osado
Mundo mayor ha hallado,
Grandioso campo, do la enseña ondea
De Cristo, por el trueno saludada
Y por la cresta airada
Del hervidor volcan que inquieto humea.

Virgen region, fecunda, exuberante,
De juventud radiante,
De Cristo rica herencia y ay! ¡uncida
Al carro de Luzbel! “Que tal presea
—Ignacio dijo—sea
De Jesus con el nombre enaltecida.”

A ello irán los Anchitas, Sandovalés
Y mil otros leales
Y Claver el heroico, y los ardientes
Del feliz Paraguay cultivadores,

De Cristo zapadores,
Contra el error y vicio omnipotentes.

Aherrojan á Satan, su obra destruyen
Y á los abismos huyen
De vil supersticion fieros vestiglos,
Plantan la cruz y en derredor florece
La ley de Cristo y crece
Fé y Religion por venideros siglos.

Ignacio! puedes ya exhalar contento
Tu postrimer aliento,
A Cristo gloria diste y él en gloria
Te envuelve á tí y ordena que tus hijos
Con trabajos prolijos
Enaltezcan tus hechos y memoria.

LUIS J. ESPAÑA.

LA MADRE DE ESTEBAN.

CUENTO RUMANO.

EN la Moldavia septentrional, entre Pietra y Folticono, en una montaña, á poca distancia del río, divísanse las ruinas de un antiguo burgo llamado Niantz y del que, ¡ay! muy poca cosa queda todavía en pie. La pequeña ciudad que se extiende al pie de la montaña, ha sido construída casi enteramente con las piedras de la soberbia fortaleza.

En otros tiempos, dicha plaza gozaba de gran fama y era considerada como inexpugnable, mientras fué la residencia de Estéban, el poderoso Príncipe de Moldavia. Había librado cincuenta batallas y casi nunca había vuelto sin heridas; pero, despues de cada victoria, levantaba una iglesia para demostrar al cielo su agradecimiento.

En ese dia se había librado una nueva y reñida batalla, y desde lo alto de la fortaleza se podía seguir todas las peripecias del combate. Desde hacía algunos momentos iba tomando un aspecto desalentador, y hubiérase dicho que la fortuna de los combates se disponía á abandonar á Estéban.

En el burgo habían quedado dos mujeres: una era la esposa de Estéban y su madre la otra. La jóven princesa dejaba correr sus lágrimas á lo largo de sus mejillas rosadas, á las que su cabellera rubia formaba un marco dorado; ya con la mirada fija contemplaba la llanura, ya, en su angustia y terror, escondía su rostro debajo de su velo para no ver nada.

Muy distinta era la actitud de la otra mujer. Estaba de pie, soberbia, al lado de la jóven princesa, y miraba á lo léjos sin hacer movimiento alguno, sin decir una palabra.

Debajo de sus cejas negras, enérgicamente fruncidas, brillaban sus grandes ojos oscuros que, con su nariz muy arqueada, daban á su fisonomía algo que la hacía parecerse á la del águila; un velo del más fino tejido de seda cubría su cabellera negra de reflejos azulados, sujetos debajo de su barba prominente.

De labios muy plegados, su boca

era más bien grande, y cuando se sonreía, dejaba ver dos hileras de dientes de una blancura deslumbradora que todavía daban realce á sus facciones. Vestida con suntuosos géneros de seda, había permanecido allí durante todo el día, sin tomar alimento alguno, con los ojos constantemente clavados hacia el mismo lugar, de vez en cuando ponía su hermosa mano en el hombro de su nuera y le decía algunas palabras para devolverle el valor y la firmeza; su voz era fuerte é imperiosa; con todo, no conseguía consolar á la jóven, presa de horrible tristeza.

Llegó un momento en que el aspecto del campo de batalla fué tan alarmante, que la ansiedad dominó todos los demás sentimientos. Por minutos la distancia iba acortándose entre los combatientes, y pronto se vió que Estéban se hallaba reducido á defenderse.

—¡Madre mía, lo van á matar!

—Estéban vencerá antes de concluir el día.

La fé y la gravedad con que fueron pronunciadas estas palabras detuvieron las lágrimas de la jóven.

De repente se oyó el ruido de un caballo al galope y poco despues llamaron en la puerta del burgo.

—¡Es Estéban! De ello estoy segura. Voy á abrirle la puerta.

Con ademan imperioso su madre alejó á la princesa. Luego bajó lentamente.

—¿Quién llama? preguntó desde adentro, pero sin abrir.

—Estéban, tu hijo.

—¿Mi hijo? ¿Y quién eres, forastero, para pretender entrar así en la morada de mi glorioso hijo?

—Madre, ábreme. Soy yo. Estoy vencido. Los turcos me persiguen. Mis heridas agotan mi sangre.

—No puede ser hijo mío el que así habla. Es algun desconocido. Mi hijo no volvería sino vencedor. Está léjos de este burgo; con brazo valiente rechaza á los enemigos de su país. Tú, jóven forastero, que vienes á causarme un dolor cruel, pretendiendo ser hijo mío, has de saber lo siguiente: no estarás aquí puesto que no sabes vencer; véte al campo de batalla en busca de una muerte heroica; entonces sí seré para tí una madre y con mis lágrimas regaré tu tumba.

La jóven princesa cayó de rodillas y con sus súplicas intentó conmoverla. Ella le impuso silencio con un ademan.

Estéban había doblado la cabeza bajo el peso de la vergüenza y del dolor. Pero pronto echó hacia atrás su lengua melena, tocó su cuerno, que llenó las tinieblas de sonidos capaces de resucitar á los muertos y de arrastrarlos en pos de sí. Entonces su ejército derrotado volvió á formarse, á agolparse en torno suyo en buen orden y en filas compactas. Con la rapidez del vendaval bajaron la montaña,

y se precipitaron sobre los enemigos que, en la creencia de que habían triunfado, habían roto ya sus filas. En poco tiempo los derrotaron y el eco de la batalla resonó cada vez más lejano.

El viento traía á los oídos de las dos mujeres gritos de victoria que hacían palpar sus corazones de alegría.

Y otra vez Estéban tocó su cuerno, y aquel fué un aire de victoria.

Los vencedores se pusieron en marcha hacia el castillo, cuyas almenas iban perdiéndose en el cielo estrellado.

En el acto se vió en el interior del burgo correr en todas direcciones luces y antorchas; estaban apresurando los preparativos para una brillante recepción.

Al pie de la colina se oyó el galopar de un caballo.

Estéban apareció á la cabeza de sus guerreros.

Tan pronto como vió á su madre, se apeó y arrodillándose ante ella:

—Madre, á vos es á quien debo esta victoria.

Entonces, por vez primera, los ojos de aquella mujer varonil se humedecieron de lágrimas y sus labios se estremecieron, mientras que el héroe abrazaba á su joven esposa radiante de júbilo.

—Tú me hubieras abierto la puerta, murmuró él.

—Te amo tanto, Estéban, y estaba tan inquieta.....

—Sí, contestó él en vos alta, pero mi madre me ama todavía más que tú.

CARMEN SYLVA.
(Reina de Rumania.)

EL AGUILA Y LOS GUSANOS.

Después de horrible pelea,
una vez los animales,
por remediar muchos males
formaron una Asamblea.

Trás de mil discursos varios
y mucho tiempo perdido,
quedó por fin convenido
que eligiesen mandatarios.

Pero aquí ocurrió el más fiero
trance del orden del día,
porque cada uno quería
ser elegido el primero:

El Lobo por su honradez,
el Topo por su talento,
por su viveza el Jumento
y por sus ciencias el Pez.

Hubo ventas, fraude, intrigas;
hubo bajezas sin fin;
pero en medio del motin
sólo murieron Hormigas.

Y esto porque trabajando
llevaban vida de obreros,
mientras tantos caballeros
la Patria estaban salvando.

Elevó el Congreso aquel
su *patritismo* tan alto,
que la eleccion fué un asalto,
una torre de Babel.

En medio la confusion
se alcanzó á escuchar un grito
de un Mono, en medrar perito,
que hizo esta proposicion:

«Más vale quien más se encumbra»

vamos todos á votar
por quien consiga trepar
á la más enhiesta cumbre.»

Aprobóse; y cual las olas
que levanta el mar rugiendo,
la multitud fué moviendo
manos, uñas, diente y colas.

Se dirigen á alto cerro,
y sólo quedan abajo,
el Buey siguiendo el trabajo,
cuidando su hogar el perro.

En subir pronto se esfuerza
de cualquier modo cada uno,
y no esquivar usar ninguno
ni el engaño ni la fuerza.

Mas los gusanos, huyendo
mientras la lucha se traba,
por entre el fango y la baba
se arrastran y van subiendo.

Larga y rabiosa es la lucha
y de sangre tiñe el suelo,
cuando por fin hácia el cielo
un leve rumor se escucha.

Es un Aguila que, airada
despreciando lid tan tonta,
por el aire se remonta
á la cumbre ambicionada.

Mas cuando altiva llegó,
creyendo ser la primera,
ya allí la turba rastrera
de gusanos encontró.

Tal del mundo en el proscenio
suelen figurar mucho ántes
los rastros intrigantes
que las águilas del genio.

Adolfo Leon Gómez.

ENTRE PENITENTE Y CONFESOR.

Una señora realmente piadosa refería de este modo una de sus confesiones, de la cual databa su conversión.

«Mis confesiones eran una apología de mis buenas obras, en las que solían apenas percibirse algunos pecadillos bien inocentes; y mi buen confesor, que no sabía adivinar, lloraba de admiración por mis virtudes. Por nada del mundo le hubiera yo dejado aunque me castigara: sólo se dejan los confesores que humillan.

«Pero Dios tuvo compasión de mí y me lo quitó; después de muchas lágrimas que derramé en público, elegí un sacerdote que tenía una gran reputación de santidad y de talento. Esto es lo que yo necesitaba.

«La primera vez que yo me confesé, no me hizo la menor observación, me dejó tranquilamente hacer mi elogio, que sobresalía entre las más inocentes imperfecciones, y me recomendó que volviese dentro de un mes.

—«Un mes, padre mío! yo me confieso cada ocho días.—Es mucho.—¡Oh! padre mío, no es demasiado para una pecadora como yo.—Ignoro si sois pecadora; no he visto en vos más que perfecciones.—Sin embargo, os he confesado impaciencias, distracciones, prontitudes....—Sí, sí, cosa que os fastidiaría no tener; veamos: ¿cómo cumplís los deberes de vuestro estado?—¿Mi estado? Pero, padre...—Pero, señora, ¿teneis la *Introducción á la vida devota de San Fran-*

cisco de Sales?—No.—Leedla, pues, y volved.

«Yo salí furiosa del confesonario diciéndome: este hombre no ha confesado jamás á una mujer de mundo ó no entiende nada de la vida espiritual.

«¿Cómo fué el volver á él? Dios me condujo. Estuve largo tiempo para comprender la *humildad*, y aquella gran frase de mi buen padre: no digais más *yo soy una pecadora*, sino obrad según la convicción formal de que sois realmente *una pecadora*.

«Su grande, su única máxima era: *toda confesion debe aumentar la fidelidad á Dios y la docilidad de carácter, impulsándonos á querer todo lo que quieren los demás, sobre todo cuando lo que quieren nos contraría.*»

LA YERBA QUE TODO LO CURA

[DE HOUSSAYE.]

Dicen que hay una yerba que todos los males cura.

¿En dónde florece? ¿En dónde tal maravilla se oculta?

¿De la América en las selvas?

¿En Egipto? ¿La fecunda

el vivo sol que la España

el alegre suelo alumbró?

¿Florece en el prado ameno?

¿En las verdes espesuras?

¿ó en la aldeilla á la sombra

quizá de la choza rústica?

Busquéla en vano en la margen

de los ríos que murmuran,

del valle en la fácil senda,

del monte en la senda ruda,

bajo las ásperas rocas,

y hasta en las tierras incultas.

¡Ay! la yerba ponderada

que todos los males cura,

sólo florece en un fúnebre

paraje: ¡sobre las tumbas!

DESPRECIO A LAS COSAS HUMANAS.

Cuando lo que he de ser me considero,

¿Cómo de mi bajeza me levanto?

Y si de imaginarme tal me espanto,

¿Por qué me desvanezco y me prefiero?

¿Qué solícito, qué pretendo y quiero?

Siendo guerra el vivir y el nacer llanto?

¿Por qué este polvo vil estimo en tanto

Si del tal presto dividirme espero?

Si en casa que no se deja nadie gasta,

Pues pierde lo que en ella se reparte,

¿Qué loco engaño mi inquietud contrasta?

Vida breve y mortal, dejad el arte,

Que á quien se ha de partir tan presto basta

Lo necesario en tanto que se parte.

Lope de Vega.

EL VIENTO.

Preñado de amenazas brama el viento;
las ráfagas sonoras vuelan, crecen;
las cimas de los bosques se estremecen;
barre la tierra el proceloso aliento.

Cierro los ojos yo, y el eco siento
de guerras que el mundo se enervulen,
y oigo de los que triunfan ó perecen
grito de gloria ó funeral lamento.

Mas el confuso movimiento humano
hoy á mis puertas llega, y en mi mente
ni entusiasmo ni lástima excita.

Con ímpetu furioso y ruido vano
así la tempestad sobre mi frente
pasa, y apenas mi cabello agita.

M. A. Cato.